

LA LUNA Y SU LUZ CENICIENTA

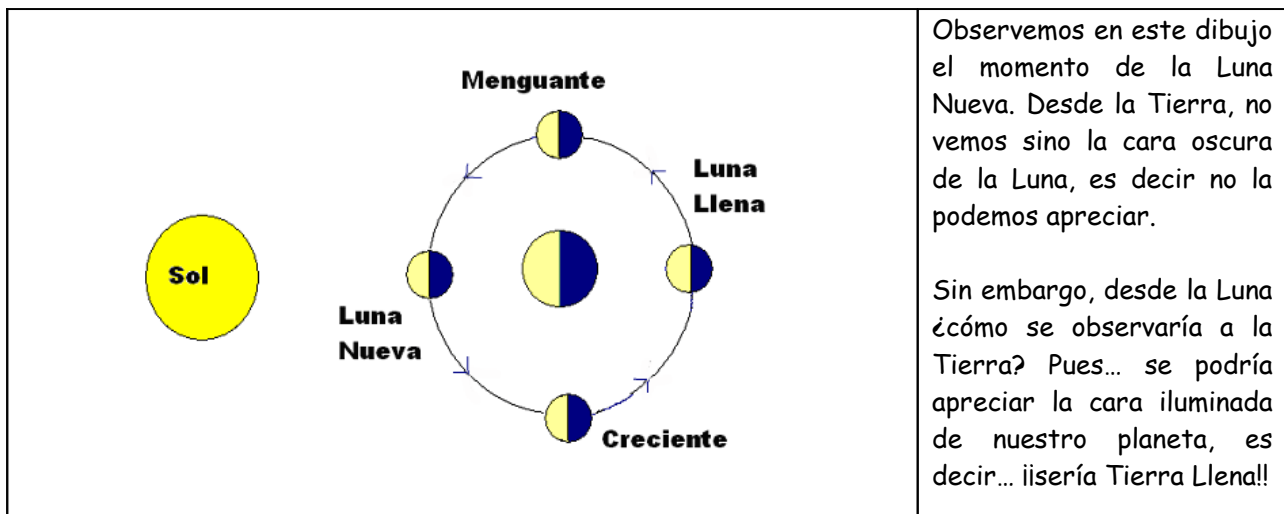
Por: Rosario Moyano Aguirre

El martes 21 de Julio de 2009, será Luna Nueva, es decir, cuando nuestro satélite, se interponga entre el Sol y la Tierra, en su movimiento de traslación alrededor nuestro. En esta ocasión el evento coincidirá con su *Perigeo*, es decir, el momento en el que se encuentra más cerca de nuestro planeta (a 357.000 km. de distancia), lo que implica que se la puede ver algo más grande. 24 horas después, la Luna ya tendrá un día de edad lunar, y así seguiremos contabilizando su edad hasta la próxima Luna Nueva.



A los dos o tres días de edad lunar, ya es posible observarla muy cerca del horizonte Oeste poco después de la puesta del Sol, como una uñita muy delgada. Solamente en estos primeros días de "vida" de la Luna, es posible observar con claridad la *Luz Cenicienta*.

¿Qué es la *Luz Cenicienta*? Si observamos la Luna en los pocos días posteriores a la Luna Nueva, podremos apreciar que, además de su parte iluminada, se puede observar también la parte oscura, es decir su noche. ¿De dónde viene ese brillo ceniciento de su superficie nocturna?



Todos sabemos que las noches de Luna Llena, no son oscuras. Incluso, en total ausencia de luz artificial, podemos caminar sin miedo a tropezar ya que la luz de nuestro satélite ilumina bastante bien el entorno con su luz azulada.

Imaginemos ahora, cómo serán las noches en la Luna, cuando es Tierra Llena. La luz de nuestro planeta iluminará bastante la superficie de nuestro satélite. Pues bien, esa luz reflejada en la superficie lunar es la *Luz Cenicienta*.

La Luz Cenicienta es, en realidad, nuestra propia luz reflejada en la Luna.

Así que esta semana, después de la Luna Nueva observemos cada tarde el horizonte Oeste, para ver la Luz Cenicienta y, por cierto, al hacerlo, procuremos imaginarnos en el suelo lunar observando ese paisaje de "magnífica desolación", tal como lo describiera el astronauta Buzz Aldrin hace exactamente 40 años, después de bajar del Apolo 11 y pisar el suelo lunar un poco más tarde que su compañero Neil Armstrong, el 20 de julio de 1969.

Volver los ojos al cielo para entender lo que vemos en él, nos puede ayudar a redescubrir nuestro vínculo original con el Universo; de él procedemos, somos parte y producto de su evolución; comprender esto, nos hará tomar conciencia de la responsabilidad que tenemos como personas individuales y como especie humana, de contribuir dignamente a dicha evolución y de ser parte de ella, aunque no sepamos cuál es el Gran Plan.